

Eric Reinhardt

El sistema Victoria

Traducción
Manuel Serrat Crespo

ALFAGUARA



A Marion

1.

Preparé durante tres horas la primera frase que me atreví a decirle: Victoria no es una mujer a la que un desconocido pueda abordar sin que se sienta insultada. El inicio iba a ser crucial: yo tendría sólo esa frase, y una única mirada, para conseguir que me perdonase, y que se detuviera.

Acababa de comprar un muñeco de peluche tan imponente que su larga cola curva sobresalía de la bolsa de plástico donde la cajera lo había metido; ese apéndice podía sugerir la idea de que yo transportaba un signo de interrogación hecho de pelaje sintético. Lamentaba no haberme informado sobre el nombre del animal (pues Vivienne iba a preguntar sin duda: «¿Qué es? ¡Mira qué grande es su cola! ¡Y esos bigotes tan bonitos! ¡Tócalo!»), pero yo no ha-

bía tenido la presencia de ánimo de preguntárselo a la vendedora. Tomé la escalera mecánica para bajar a la planta cero y llegar al aparcamiento donde había dejado mi coche. Vivienne es la más pequeña de mis dos hijas; aquella noche íbamos a celebrar que cumplía cinco años.

¿Cómo se llama el animal que transporto?

No es un castor, ni una marmota, ni una comadreja, ni un mapache, sino algo que se le parece y de lo que puede suponerse que vive en tierra firme sin haber renunciado al placer de bañarse. ¿Se adormece en las entrañas de la tierra, como el topo, o hundido en la maleza, como el conejo, o agarrado a una rama de árbol, como la ardilla?

Entreabro la bolsa de plástico para comprobar si las patas del animal son palmeadas o tienen garras. La escalera mecánica me ha dejado en la planta cero, tomo la avenida principal cuando una silueta llama mi atención. Está de espaldas ante una tienda de ropa y examina algunos artículos expuestos en el escaparate. Esa mujer me gusta, la atmósfera que emana de ella, la austeridad de su ropa, el porte de su cabeza y su manera de comportarse. Un esplendor de reina. Me detengo y la miro. Una autoridad. Hacía mucho tiempo que no experimentaba semejante atracción hacia una mujer encontrada por azar. Se desplaza a lo largo del escaparate y se inmoviliza de nuevo. Prosperidad y elegancia. Tengo la sensación de que a veces se demora en el reflejo de su rostro. Melena maciza, ondulada. Corpulenta, un pecho voluminoso. La veo preguntarse con la mirada. Debe de ser aproximadamente de mi estatura, algo más de un metro ochenta. Consulta una vez más su reloj de pulsera. Examina con indiferente minuciosidad, eso sugiere al menos su actitud sucesivamente irritada y soñadora, un vestido de noche minimalista colocado en un maniquí decapitado. ¿Tiene acaso una cita?

Mucho más tarde me contó la realidad de su situación y las razones por las que erraba, aquel día, por los alrededores de aquella tienda de ropa.

Sus pantorrillas me gustan, redondeadas, firmes, tensadas por los pequeños tacones de sus zapatos. Erotizan su presencia; mirarlas me da ganas de hacer el amor con ella.

Se aleja del escaparate mientras telefonea. Escucha más que habla. Ningún indicio me permite determinar si se trata de una conversación profesional, si las frases que oye le son penosas o agradables, si la persona con la que al parecer habla es un hombre o una mujer. Tal vez esté consultando su contestador automático. La veo, pensativa y absorta, derivando lentamente en mi dirección; y cuando vamos a chocar posa en mí una mirada viva donde, como respuesta a mi rostro, a mis ojos, al interés que manifiesta por su persona esa fijeza admirada, detecto un fulgor de sorpresa y de discreta aprobación. Me vuelvo esperando que ella se vuelva también, y que tenga una sonrisa en los labios. Pero la veo mientras sigue derivando silenciosamente, empujada sobre el embaldosado por la tensión de una concentración que parece decisiva.

Me pregunté qué iba a hacer. Me parecía conmovedor provocar en una mujer en la que yo mismo me había fijado pocos minutos antes una tan indiscutible expresión de complicidad. Había sentido una reacción instantánea ante mi presencia, y yo había visto cómo se formaba en sus ojos una especie de respingo de estupor o reconocimiento; exactamente como si esa mujer, habiéndome encontrado la víspera en alguna reunión, se sorprendiera de tener el placer de volverme a ver tan pronto, por casualidad, en un espacio público. Pero, puesto que estaba seguro de serle desconocido, deduje que me había reconocido como conforme a sus gustos y, tal vez, incluso a algunas de sus más

secretas inclinaciones. ¿Habría seguido yo a aquella desconocida si su rostro no hubiera producido, en contacto conmigo, casi sin que lo supiera, aquel fulgor de aprobación? Hubo un tiempo en el que no vacilaba en abordar por la calle a las mujeres que me gustaban, pero había perdido la costumbre hacía ya tantos años que me parecía inconcebible volver a ello en esas circunstancias, dicho de otro modo, con una mujer fuera de alcance de la que yo suponía que, por principio, no admitiría dejarse importunar por un desconocido. ¿Y qué, entonces? ¿Qué ocurrió? ¿Por qué razón decidí seguirla? Se había dejado entrever un más allá. Yo había visto que su vida reflejaba la mía. Aquel fulgor me había transmitido la sensación de un largo viaje en pareja por nuestras intimidades entremezcladas. Nada es más turbador que entrever, en una mirada que se sorprende, un paisaje interior.

La seguí a un café donde pasé una hora observándola. Se había descalzado, la veía de espaldas y de tres cuartos, el periódico y los dos libros que tenía hacían suponer el dominio de las lenguas inglesa, francesa y alemana.

Contemplé sus pies, que me parecieron magníficos, no dejaba de hojear sus dos libros y de desplegar sobre la mesa el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. ¿Qué frase podría decirle? Me parecía nerviosa e impaciente, sus miradas vigilaban la galería comercial a través de los cristales, yo temía que un tercero acabara aniquilando esa intimidad a puerta cerrada; iba a aparecer un hombre al que ella dirigiría un ademán, y vendría a sentarse a su lado excusándose por el retraso.

Sus sandalias habían caído de lado e intentaba enderezarlas con la ayuda de los dedos de los pies; acaparada por asuntos lejanos y sin duda considerables, sin conciencia de haberse convertido en objeto de tan ansiosa atención,

redactaba algunos SMS. Me metí una mano en el bolsillo de los pantalones y me acaricié. Me ofrecía su perfil cuando volvía la cabeza para vigilar a través de los cristales la galería comercial.

Me gustaba el vestido que llevaba, de mangas largas, cortado en una muselina tan vaporosa que el aire acondicionado hacía bullir su contorno. Me gustaba la dulzura con la que se suspendían sus dedos, como adormecidos, cada vez que una ensoñación la inmovilizaba. Me habría gustado haber visto su rostro algo más que un instante y haber retenido de él una realidad más tangible que aquel inolvidable fulgor que yo había recogido. Tobillos, dedos de los pies y de las manos, muñecas, uñas, mentón o cabellera, me familiaricé con su cuerpo a pedacitos antes incluso de saber quién era, de haberla visto sonreír y de escuchar la textura de su voz; habría podido, tras aquella hora pasada escrutándola, reconocer entre mil su índice, o los lóbulos de sus orejas, aunque sin conocer la vida de su rostro, sus expresiones y su rutina. Esperaba poder decirme un día, y decírselo sonriendo, que siempre le llevaría una hora de ventaja.

Se levantó bruscamente, decidida a marcharse, reuniendo sus cosas. Me arrastró luego a un vagabundeo interminable.

Había hecho saber a mis colaboradores que debía marcharme antes de lo acostumbrado, pero que podrían ponerse en contacto conmigo si había una urgencia. Puesto que mi oficio consiste en resolver los problemas en el instante en que surgen, y una obra genera constantemente complicaciones que nadie había previsto, la urgencia se ha convertido en el humor habitual de mis jornadas: experimento el tiempo que pasa como la cuenta atrás de una proliferación de bombas de espoleta retardada que me corresponde desactivar. No me atreví a consultar mi BlackBe-

rry puesto en silencio y en mi bolsillo desde hacía una hora, pues sabía que debían de haberse acumulado en él colegas a quienes socorrer u obstáculos que salvar. Mi ayudante era la única a quien había revelado que aquella noche íbamos a festejar el cumpleaños de Vivienne y que yo debía encontrar, a toda prisa, algo espectacular para regalarle. «—¿Por qué espectacular? —me había preguntado. —Pero puedes ponerte en contacto conmigo —había proseguido yo—, no lo dudes, hazme todas las llamadas que quieras. —Responde a mi pregunta, ¿por qué espectacular? —No lo sé, porque sí, para compensar... Ya sabes, en estos momentos estoy muy poco en casa... —¿En estos momentos? —me había interrumpido Caroline—. ¡Desde hace meses querrás decir! ¡Estoy segura de que tus dos hijas no te han visto la cara desde hace meses! —Desde hace meses, exactamente. —Y cuando te ven la cara, está tan irreconocible, a causa de la fatiga, que deben de tomarte por un tipo de Darty, ¡el que arregla lavadoras! —Eso es, un tío de Darty, y por eso llegaré a casa esta noche a la hora en que las familias suelen sentarse a la mesa para compartir la felicidad de una comida, y llevaré conmigo un regalo espectacular... —Escápate entonces, y que pases una hermosa velada... Intentaré no dejar demasiados mensajes en tu BB... y obstaculizar a todos los que se sientan tentados a echar a perder tu velada... —dijo. Luego había concluido—: No lo olvides, tus hijas no necesitan que les hagas regalos espectaculares para saber que las quieres... Yo había mirado con ternura a Caroline. —Gracias, eres adorable, que tengas también tú una buena velada... —y le había enviado, por la puerta del despacho, un beso aéreo.»

¿Tendría la audacia de dirigir la palabra a una mujer tan distinguida? Esperaba que se presentase una oportunidad que me permitiera abordarla desconsideradamente, «Perdón, señora, discúlpeme pero se le ha caído el fular. — Ah, caramba, muchas gracias. —No hay de qué. —De ver-

dad, gracias, lo aprecio mucho. —«Hace bien, es muy hermoso». Sería necesario que pudiera disculparse por acoger sin esquivarla la primera frase que yo pudiese decirle, responder luego a la curiosidad que las siguientes manifestarían sin duda. «¿Le gusta su fular, todos esos caballos? Me refiero a si le gustan los caballos, si practica la equitación.» Tendría que ofrecerle, lo sabía, la posibilidad de salvar las apariencias, tanto a su modo de ver como al mío.

Pero no dejó caer fular alguno.

Lo más molesto fue que se dirigiera hacia la bolera situada en un extremo de la galería comercial, donde la vi procurándose un par de zapatos y disponiéndose a jugar. Me planté a mi vez ante el mostrador (donde, con argumentos de deportista supersticioso, conseguí disuadir a la empleada que quería adjudicarme la pista contigua a la suya, la decimotercera, y convencerla de que me apuntara en la número ocho) antes de sentarme en una silla de plástico anaranjado desde donde pude ver a mi desconocida lanzando sus primeras bolas. ¿Cuánto tiempo tendría que esperar antes de poder hablarle? ¿La abordaría en la sala o sería más deseable estar de regreso en la galería comercial? Faltó muy poco para que dejara de seguirla cuando deposité mis zapatos en el mostrador de alquiler, faltó muy poco, en aquellos instantes de cuestionamiento, para que yo me dirigiese a la salida con paso rápido y arrepentido. ¿Iba a perderme el cumpleaños de Vivienne porque una desconocida hubiera respondido a mi mirada con un fulgor de complicidad? A pesar de las señales de alarma que resonaban en mis pensamientos, me veía incapacitado para salir del hechizo en el que me había precipitado la visión de aquella mujer.

Pensaba en la frase que podría decirle.

«Señora, perdóneme, no suelo abordar a las desconocidas, créame...»

«Señora. Si le confesara que estoy sacrificando el quinto cumpleaños de mi hija, sin duda tendría usted por mi actitud la indulgencia que merece...»

«Perdóneme... señora... sin duda va usted a rechazar-me... pero quería decirle...»

¿Qué hora podía ser? No me atrevía ya a consultar el reloj desde hacía algún tiempo.

Tenía conciencia de haberme metido en una situación que ningún examen racional podía justificar. Las circunstancias me habían llevado hasta una zona de deslumbramiento donde me sentía muy cerca de cierta verdad interior (que intentaré definir algo más tarde), pero no por ello era discutible que me comportara de un modo aberrante. Perder dos horas dejándose engañar por las ilusiones de una mirada sólo podía ser lamentable, sobre todo para oír que al final te dicen: «Es usted muy amable... de verdad... me conmueve... sus cumplidos son agradables de oír pero sepa que... siento tener que decepcionarle... estoy casada y soy madre de dos hijos... adiós... buenas tardes...», en el mejor de los casos. Hacer el amor con una mujer por cuyo físico te has dejado subyugar justifica que te conviertas en el esclavo de la electrización algo ingenua que ese deseo puede acarrear, en otras palabras, ¿habría seguido yo durante tres horas a esa mujer si el envite no hubiera sido sexual? Terminé convencíendome de que algo crucial me aguardaba; esa sensación me iluminaba desde el interior con la intensidad de una intuición incandescente. En sus ojos se había producido un acontecimiento —como una frase instantánea: con un tono, un sabor, colores, una textura, una inflexión y una orientación— que había comenzado a dejar-

me entrever un universo. Habría podido, sin dificultad alguna, renunciar a aquel cuerpo, a aquella presencia, al deseo de hacer el amor con aquella mujer y besar sus labios, me habría bastado con levantarme y dirigirme hacia la salida, pero no sólo me negaba a renunciar a aquel más allá que había brillado en sus ojos sino que tenía miedo, también, de lamentar más tarde esa decisión y decirme durante años y años que aquel encuentro había cambiado mi vida (soy del tipo de los que tienen remordimientos durante decenios).

Los jugadores que me rodeaban lanzaban sus bolas como otras tantas ilustraciones de un humor o un estado de ánimo particular, gracia, miedo, placer, orgullo, mal humor o indolencia (especialmente, en la pista contigua a la mía, una muchacha con gestos tan poco diestros que eran amanerados, casi artísticos: aquella singularidad resultaba muy seductora), y yo me preguntaba qué alegoría podría encarnar mi desconocida. Entonces comenzó a jugar; con sorprendente facilidad. Ninguna de sus bolas parecía rodar, las veía desplazándose en un silencio y como en una inmovilidad de fenómeno meditativo, y sólo su impacto contra los bolos, un impacto de imparable violencia, procuraba la sensación de que no era posible ir más derecho ni avanzar más deprisa, ni ser tan devastador: en el momento en que la bola dislocaba su blanco, y no mientras revestía la apariencia de un misterioso sobrentendido, se revelaba la violencia que animaba a aquella mujer cuando la esfera negra abandonaba su mano. Era absolutamente increíble; yo acariciaba con la yema de los dedos la frescura de una balastrada metálica admirando lo que se imponía como las alegorías simultáneas del orgasmo, el flechazo, el desenfreno pasional y la dominación.

Regresó hacia la silla donde había dejado sus cosas. La veía casi de frente, su rostro se había enrojecido, su dura

mirada atravesaba el suelo, se secaba las manos con una servilleta de papel. Sentí que la violencia la había lavado de la cólera que la preñaba; se había convertido en deflagración, luz, venganza e ironía.

Pero ¿qué estaba haciendo allí una mujer como ella, vestida como una abogada, en una bolera, entre adolescentes que se divertían?

Me atreví a mirar la hora de mi reloj: eran las nueve y media. Consulté mi BlackBerry: encontré veintiséis llamadas perdidas, dieciocho mensajes de voz y casi sesenta e-mails. Me sorprendió que mi mujer sólo me hubiera dejado dos mensajes, el primero poco después de que yo abandonara la obra y el segundo a la hora en que debíamos sentarnos a la mesa.

Tuve que aguardar una hora más antes de poder hablar con ella. ¿Qué hice durante ese intervalo de tiempo? Contemplé cómo mi desconocida lanzaba bolas y devastaba edificios de bolos. Brincaba sin moverme de lugar para calentarme; me parecía que hacía frío en aquella sala. Renuncié a beber una copa en el bar que se encontraba algo más lejos, pues hubiera seguido el espectáculo que ella me ofrecía en peores condiciones que desde el emplazamiento que ocupaba. Una niña se sentó junto a mí y terminé telefonando a Sylvie para explicar mi ausencia y mandar un beso a Vivienne y Salomé.

Apreté la tecla 1 de mi BlackBerry. La tecla 1 marca el número de casa y la tecla 6 el del móvil de Sylvie. Por lo demás, fue ella la que acabó descolgando.

—Soy yo —le dije.

—Ah, buenas noches, espera un momento.

Oía a mis dos hijas peleándose. Sylvie las reconcilió dirigiéndose a una y otra con voz calma y pausada.

—Sí, ¡uf, ya está! —me dijo tomando de nuevo el teléfono—. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué no has venido?

—He tenido que quedarme en la torre.

—He llamado a la obra a las seis y media. Caroline me ha dicho que te habías marchado a comprar un regalo para Vivienne.

—No he vuelto a verla. Ni siquiera he escuchado los dos mensajes que me has dejado.

—Quería saber si cenábamos sin ti. Teníamos hambre y Vivienne se impacientaba.

—¿Y todo ha ido bien? Me parece que están algo excitadas, ¿se pelean?

—Ha ido muy bien, han estado muy monas, ¡cómo nos ha hecho reír Salomé! ¡Es un fenómeno cuando se pone, está muy graciosa!

—En todo caso, pareces de muy buen humor.

—Voy algo alegre.

—¿Qué has bebido?

—¡Cuando ha empezado a imitar a su hermana, que se maquilla antes de ir a bailar! Incluso Vivienne se tronchaba de risa... ¡y Frédéric no podía más!

—¿Frédéric? Pero bueno, ¿estaban los Deneuve? Cojones, es incomprendible, ¿estaban en la cena de cumpleaños de Vivienne?

—Te lo dije ayer por la noche, David.

—¿Cómo? ¿Que ayer por la noche me dijiste que los Deneuve vendrían a cenar, que estaría Frédéric, en el cumpleaños de Vivienne? Cojones.

—Ayer por la noche te dije que había invitado a cenar a los Deneuve y a su hija. Vivienne quería que Carla estuviera en su cumpleaños. Les propuse a sus padres que vieran con su hija, te dije ayer por la noche que se me había ocurrido la idea y que los Deneuve me habían dicho que sí. De todos modos, ¿habría cambiado tu problema en la obra haberte acordado de que los Deneuve venían a cenar?

—Realmente habéis tenido que divertir os mucho. ¿No han dicho nada?

—¿De qué?

—De que yo cancelase mi asistencia.

—No has cancelado tu asistencia. Te hemos esperado y no has venido. *Matiza*.

—De acuerdo, que yo no fuese. ¿No te han dicho nada cuando no he aparecido?

—¿Y qué querías que dijeran? Te hemos esperado, hemos intentado localizarte, nadie respondía.

—¿Y Vivienne?

—¿Qué pasa con Vivienne?

—¿No ha dicho nada? ¿No ha dicho nada de que su cena de cumpleaños se hiciera sin mí, sin mi regalo? ¿No ha dicho nada, no me ha reclamado?

—¿Hubieras querido que te reclamase, que se echara a llorar?

—En absoluto. Sólo pregunto si todo ha ido bien, si estaba contenta con su fiesta de cumpleaños.

—Pues bueno, te respondo que todo ha ido muy bien, Vivienne estaba contenta con su fiesta de cumpleaños, y Salomé también, y los Deneuve también.

—¿Estaban peleándose? Hace un momento he oído sus gritos, las he oído gritar, ¿estaban peleándose?

—Su jornada ha sido larga, mañana van a la escuela, Carla se ha dormido en el sofá, le he pedido a Vivienne que fuera a acostarse.

—Me gustaría decirle buenas noches.

—Espera, está en la cocina con Christine. Vivienne, es papá, quiere decirte una cosa. ¿No quieres hablar con él? Sólo una palabra, un besito, dile buenas noches y mañana... ¿No? ¿No quieres? ¿Estás segura? —y luego—: No quiere, está muerta, voy a meterla en la cama. Vivienne, a fin de cuentas es papá, dale un besazo volador. ¿No le mandas un besazo en una alfombra voladora? ¿No le dices que le quieres? Ha dicho que sí, dice que sí, que te quiere y te manda un besazo en una alfombra voladora. La tengo aquí delante y te manda enormes besos húmedos.

—Dile que la quiero y que le mando un beso.

—Te manda un beso. Papá te manda un beso. Me ha dicho que te diga que te manda un beso y que te quiere.

—Un montón. Dile que la quiero un montón... un montón y más aún...

—David, ¿qué te pasa?

—De hecho, os importa un comino, os da igual.

—¿Qué? ¿Qué nos da igual?

—Que yo esté o no.

—Pero bueno, David, ¿qué estás diciendo, qué nos estás haciendo, qué significa este nuevo delirio?

—Apenas si os dais cuenta de mi ausencia. Me he dicho que era una catástrofe perderme esa velada, el cumpleaños de Vivienne. ¿Y qué ocurre en realidad? Apenas se advierte mi ausencia. Se verifica por teléfono que, efectivamente, David no asistirá y se pasa a otra cosa. Es decir, que os sentáis a la mesa.

—¿A qué hora vas a volver? ¿Te queda mucho tiempo en la torre?

—No sé a qué hora voy a volver.

—¿Quisieras que te lloráramos, que dejáramos de vivir? Nunca estás aquí, bien tenemos que organizarnos para soportar tus ausencias. ¿Por qué no regresas para arropar a tus dos hijas?

—No puedo. No puedo comprometerme. No sé a qué hora podré regresar.

—Peor para ti, entonces. Tengo que colgar, Vivienne me espera, ¿colgamos?

—Si es lo que quieres. Colguemos.

—Cuelgo. Un beso. Voy a acostar a Vivienne.